Reviviendo el pasado
Autor: Manolo Campa

En enero de 1961 comenzaba el tercer año del castrismo en el poder. Ya se veía que Cuba había caído en manos de una feroz dictadura. Las esperanzas y las ilusiones se habían convertido en pesadillas. La coacción y la intimidación eran usadas para debilitar voluntades. Los Comités de Defensa de la Revolución, espiaban y delataban a los vecinos. Los incondicionales a Castro, organizados en turbas vociferantes, amedrentaban a los que no pensaban como ellos.

Me sentía sin libertad: hostigado, encadenado. Si el presente era insoportable, presentía un futuro peor. Tenía que salir de allí… librarme de aquello… volver a ser libre. No quería que mis hijos me fuesen arrebatados y adoctrinados en la perversa teoría marxista. Aquella triste realidad hizo que decidiera abandonar mi patria convertida en un antro de maldad… en una prisión.

Muchas emociones diferentes me entristecían en grado sumo: Por primera vez me alejaba de mis padres. ¿Los volvería a ver? Dejaba atrás al resto de mis familiares, a mis amigos de siempre y a mis lugares queridos. Mi profesión quedaba truncada… inalcanzados mis proyectos y mis sueños.

En el avión, al perder de vista la costa de la isla, me sentí libre, contento, y le di gracias a Dios. Pero alternando con aquellas emociones positivas, sentí otras sombrías: tristeza, incertidumbre, duda…

No me preocupaba el haber perdido lo que había conseguido con el trabajo de toda mi vida. ¡Ese era el precio de la libertad! Pero… ¿Y de ahora en adelante? Llegaría a un país en condición de refugiado, sin hablar el idioma, sin un centavo… con mujer e hijos que alimentar, vestir y educar…

En aquellos momentos de ansiedad y duda, sentí que me corrían lágrimas por las mejillas. Lloraba… aquella era una de esas ocasiones en que los hombres no podemos reprimir aliviar las penas con lágrimas.

Pero al recordar que "Cristo nunca nos falla"… que dijo "no te dejaré ni te desampararé", recé y me fui sintiendo mejor. Mi aparato de pensar y razonar empezó a funcionar. Me volvieron los bríos.

Me sentí de nuevo en el mundo, rodeado de otros con el mismo rumbo, con mis mismas penas, con ilusiones como las mías, y decidí sonreír para infundirle confianza a mi mujer y no asustar a los niños con mi cara de mono asustado con hipo.

Durante el vuelo cambié impresiones con otros, jóvenes como yo entonces, y en todos había una igual firme intención: no olvidar nunca la desdicha de los que dejábamos atrás y hacer todo lo posible para ver a Cuba libre, próspera, feliz.

De mi generación es la mayoría de los que se enfrentaron a Castro… de los caídos en combate en las lomas y en Playa Girón… de los fusilados… de los que dejaron juventud y salud en las prisiones… de los que han dedicado su intelecto, tiempo y dinero para dar a conocer la verdad sobre Cuba.

Hace 59 años que vivo fuera de mi patria. Con tristeza señalo que todo allá ha empeorado: La represión es más dura. La intimidación y el atropello siguen siendo los métodos usados por el régimen totalitario para extinguir los anhelos de libertad. La alimentación es un desastre. La vivienda, insuficiente e insegura, es un caos que empeora sin solución.

Con indignación veo como el castro comunismo que ha convertido a Cuba en un muestrario de desaciertos, con éxito gana adeptos en Latino América. Han logrado intervenir en Chile, Colombia (narco guerrillas), Nicaragua, Bolivia, Ecuador, México, Venezuela (narco gobierno), Argentina… y en un buen número de naciones del Caribe.

En los Estados Unidos han penetrado las estructuras gubernamentales con funcionarios que no esconden su radical postura de izquierda: aspirantes a la presidencia, senadores, representantes, gobernadores, alcaldes, burócratas de alto nivel, se asocian al socialismo (socialismo es el camuflaje del comunismo para engañar a su presa).

Fallos de agentes de la ley son aprovechados, enseguida, para promover el odio, instigar a la destrucción, crear el caos. Turbas enardecidas por agitadores profesionales (entrenados, a sueldo) ocupan, saquean y destruyen prósperos distritos comerciales en ciudades de Norte América.

El derribo de estatuas de personajes históricos es permitido, y hasta fomentado, por los funcionarios mencionados en el párrafo anterior. El derecho a la libre expresión del pensamiento es negado y atacado (boicot a empresas) cuando lo expresado no está de acuerdo con la ideología de izquierda que pretenden imponer. ¡Qué infamia!

Aunque soy un anciano con las inevitables limitaciones que llegan con la vejez, mi conciencia me emplaza a hacer algo por esta gran nación. ¡Acepto el reto! Mientras pueda articular palabras hablaré para denunciar la barbarie con que el comunismo avasalla a los pueblos que esclaviza.

Lo mismo haré mientras pueda pulsar el teclado…escribir es otra manera de utilizar la verdad para desenmascarar la mentira. ¡Mientras tenga aliento pondré mi granito de arena en la construcción de trincheras de ideas para detener el avance del comunismo!

Al desembarcar por primera vez me llamaron “mister”. Por primera vez me hablaron en inglés y no entendí “ni jota”. Pero sonreí y empecé a hacerme entender… con mímica: decía “no” moviendo la cabeza de derecha a izquierda, y “yes” moviéndola de arriba a abajo.

Me sentí hombre de negocios cuando me asignaron un número de “social security”. Ya podía trabajar. Ya estaba registrado para empezar y nunca terminar de pagar impuestos.

Me recomendaron que memorizara esa numeración pero en mi cerebro ya no cabían más: tenía la dirección de mi casa en números y dos letras seguidas de otros números y otras letras. Nunca me fue fácil memorizar números de teléfonos y ahora, solamente el de mi casa, tiene siete más tres de “área code”. Y para cooperar con los carteros he tenido que aprender el “zip” de la zona postal en donde resido que son otros cinco dígitos más.

Encontré trabajo. Para poder llegar sin contratiempos a mi nuevo empleo, compré un automóvil usado -muy usado- y empecé a tenerlos de verdad. Las gomas no tenían estrías y resbalaban sobre el pavimento como manos de enamorado fresco. El acumulador en las mañanas húmedas no funcionaba… y en las soleadas lo hacía si le daba la gana. Le echaba aceite por el tubo del motor arriba, y le salía por un hueco en algún lugar abajo. Tuve que comprar un seguro que me resultó más caro que el precio del auto y las reparaciones

Para poder manejar por la Florida tuve que comprar un seguro que resultó más caro que el precio del auto, y obtener la licencia de conducir. Para pasar el examen de “chofer” estudié como nunca lo había hecho. Sin grandes honores aprobé el examen escrito y me suspendieron un montón de veces en el “práctico”: una por no parar en el “stop”… otra por no parar en firme… otra por parar antes de tiempo, otra por no parquear bien o por hacerlo muy separado… otra por no cederle el paso a un peatón y encima de ello por asustarlo con un “cornetazo”. Una vez lo había hecho todo bien hasta que me ordenaron doblar hacia el “left” y lo hice hacia el “right”.

Desde mi llegada, todas las noches estuve tomando clases de inglés. Después de algunos años de insistencia me promovieron del curso para Principiantes. Tengo la impresión de que aquel maestro me “graduó” de su clase, más por su cansancio que por mi progreso.

Aprender inglés para mí era “misión imposible. Cuando me hablaban oía “ruidos” que no lograba descifrar… y cuando hablaba parecía que lo estaba haciendo como los maleducados que hablan con la boca llena. Mis sonidos podían ser de otras lenguas menos de la inglesa. Ni yo mismo entendía lo que decía. Pero sonriendo seguí diciendo “yes” y “no”, y “jai” y “senkiu”. Me convertí en un experto en el idioma

internacional de las señas y las sonrisas… así me expresaba y me entendían… o yo cría que me entendían.